

cuentran en parte alguna. Pero las comparaciones de Homero en general, no me parecen sus mas bellos trozos; son demasiadas, y á veces interrumpen la narracion ó la descripcion. Las semejanzas que las funda, no son siempre bien claras, y los asuntos de donde las toma son demasiado uniformes. A cada instante vuelve á los leones, los toros, las águilas y los rebaños; y las alusiones son á veces bajas, aun tomando en consideracion las costumbres de su tiempo. La Motte, el crítico moderno que ha censurado con mas severidad á Homero, conviene en todo lo que los admiradores de este antiguo poeta han dicho en favor de la superioridad de sus talentos. „Era, dice la Motte, un ingenio naturalmente poético, amigo de las fábulas y de lo maravilloso, y llevado en general á la imitacion de la naturaleza, y de los sentimientos y de las acciones de los hombres. Tenia un espíritu vasto y fecundo, mas elevado que delicado, y mas enamorado de la abundancia que de la eleccion. Esparció por un gusto superior las primeras ideas de la elocuencia en todos los géneros: habló el language de todas las pasiones; y á lo ménos abrió á los escritores que le han sucedido una infinidad de rutas que solo faltaba allanar. En cualquier tiempo en que hubiese vivido habria sido, á lo ménos, el mayor poeta de su pais, y sin mirarlo mas que por este respecto, ha sido el maestro de aquellos mismos que le han sobrepujado.” *Discurso sobre Homero, obras de la Motte, tomo II.* Despues de haber hecho estos grandes elogios de Homero, se esfuerza á disminuir el mérito de la Iliada, apoyando sus principales objeciones en la baja idea que este antiguo poeta dió de los dioses, en la groseria del carácter y las costumbres de sus héroes, y en fin en la imperfeccion de los sentimientos morales; pero

como lo ha observado un crítico muy superior, esto seria acusar á un pintor por vestir las figuras con el ropage de su tiempo. Homero pinta á los dioses como los representaba entónces la tradicion popular, y describe los sentimientos y los caracteres que observaba en aquellos con quienes vivia.

Hasta aquí he limitado mis observaciones á la Iliada, y es necesario dar tambien alguna noticia de la Odisea. Criticando Longino este poema comparó, no sin razon, á Homero al sol poniente en todo su volúmen, pero sin el calor de los rayos del medio dia. La Odisea no tiene el vigor y la sublimidad de la Iliada: sin embargo, reúne tantas bellezas, que es justamente acreedora á las mayores alabanzas. Es mas entretenida y mas variada que la Iliada, y contiene muchas historias interesantes y descripciones bellisimas. A cada paso encontramos en ella el ingenio dramático, la riqueza de las descripciones y la fertilidad de invencion de la Iliada. No hay en ella, á la verdad, dioses, ni héroes, ni proezas militares; pero en recompensa nos presenta cuadros hechiceros de las costumbres antiguas. A la ferocidad de la Iliada sustituye la Odisea las imágenes mas amables de hospitalidad y de humanidad, muchas y admirables aventuras, y paisés ó vistas de la naturaleza; y nos instruye constantemente en la moral y la virtud con aquel caudal perenne que corre por todo el poema.

Pero no puede negarse que la Odisea tiene algunos defectos. Las escenas decaen de aquella magestad que nos prometemos naturalmente en la epopeya. Los doce últimos libros, despues de la llegada de Ulises á Itaca, son en gran parte flojos y cansados: y aunque el descubrimiento de Ulises á su nodriza Euriclea, y su vista con Penelope sin ser conocido de ella, en el libro XIX, son tiernos

y aun patéticos; el poeta no parece sin embargo feliz en la *agnorisis* principal ó en el descubrimiento de Ulises á Penélope; pues esta es demasiado cauta y desconfiada; y se nos malogra la sorpresa de la alegría, que aguardábamos naturalmente en ocasion tan principal.

Después de habernos ocupado bastante en el padre de la poesía épica, es ya tiempo de que pasemos á Virgilio, cuyo carácter, bien denotado, es enteramente distinto del de Homero. Las sobresalientes prendas distintivas de la Iliada, son la sencillez y el fuego; las de la Eneida, la elegancia y la ternura. Virgilio sin disputa es ménos sublime y animado que Homero; pero tiene ménos negligencias, mas variedad, y una dignidad mas regular, mas correcta y mas sostenida en toda su obra.

Al comenzar la lectura de la Iliada nos hallamos en la region de la antigüedad mas remota, y aun por refinar. Al abrir la Eneida descubrimos toda la correccion y los adelantamientos del siglo de Augusto. No hallamos en ella contiendas de héroes por una esclava, ni violentos dictiones y lenguaje torpe, sino que vemos abrirse el poema con la mayor magnificencia; con Juno formando el designio de impedir que Eneas se establezca en Italia, y con el mismo Eneas que se nos presenta con toda su flota en medio de una tormenta, que el poeta describe con el mas elevado estilo poético.

El asunto de la Eneida es felicísimo, y á mi parecer muy superior á los de Homero. No podia haber cosa mas noble ni mas conforme á la dignidad épica, ni mas lisonjera é interesante á la vanidad de los romanos, que hacer remontar el origen de su estado á un héroe tan famoso como Eneas. El objeto era espléndido en sí mismo, y dió al poeta un asunto tomado de la historia tradicional de su pais, que

conciliada con las historias de Homero, le daba lugar á adoptar su mitología. Esta le dió ocasion de pronosticar las proezas de los futuros romanos y de hacer una descripcion de la Italia y del territorio de Roma en su antiguo estado fabuloso. El establecimiento de Eneas, resistido constantemente por Juno, le guia á una gran diversidad de acaecimientos, de viajes y de combates, y le da lugar á ingerir con propiedad incidentes pacíficos con las riñas marciales. Bien mirado todo, yo creo que la Eneida es el modelo mas cabal de una historia ó fábula épica. No veo con qué fundamento han juzgado algunos críticos, que debia mirarse la Eneida como un poema alegórico, que hace constantemente referencia al carácter y al reinado de Augusto; ó que Virgilio al componerla se propuso por fin principal reconciliar á los romanos con el gobierno de aquel príncipe, á quien suponen bosquejado bajo el carácter de Eneas. Es verdad que Virgilio, como todos los poetas sus contemporáneos, se aprovechó de cuantas ocasiones le presentaba el asunto para hacer la corte á Augusto, y particularmente en aquel conocido pasage del Libro vi. v. 791:

Hic vir, hic est tibi, quem promitti sæpius audis &c.

Este es, este es el hombre tantas veces
Por tu bien prometido....

Pero imaginar que compuso con esta mira un plan político, es á mi parecer una sutileza. Como poeta, tenia motivos suficientes para escoger un asunto que fuese en el fondo tan grande como agradable, que se adaptase á su ingenio, y estuviese acompañado de las ventajas particulares arriba mencionadas, para poder desplegar enteramente sus talentos poéticos.

La unidad de acción está perfectamente guardada, porque desde el principio hasta el fin se tiene siempre á la vista un objeto principal, el establecimiento de Eneas en Italia, ordenado por los dioses. Como el asunto encierra los acaecimientos de muchos años, el poeta hace muy oportunamente que el héroe refiera parte de ellos. Los episodios están suficientemente encadenados con el asunto, y el nudo ó enredo del poema está felizmente formado por el plan de la antigua máquina. La cólera de Juno, que se opone constantemente al establecimiento de los troyanos en Italia, produce todos los contratiempos que embarazan á Eneas en su empresa, y enlaza las operaciones de los dioses con las de los hombres por todo el discurso del poema. De ella provienen la tempestad que arroja á Eneas á la costa de Africa, la pasión de Dido que se afana por detenerlo en Cartago, y los esfuerzos de Turno que se le opone y le hace la guerra; hasta que en fin, convenido Júpiter con Juno en que el nombre de troyanos quede para siempre confundido en el de latinos, olvida esta su resentimiento, y el héroe queda victorioso.

En estos puntos principales, Virgilio condujo su obra con mucha propiedad, y manifestó su arte y su juicio. Pero la admiración que merece tan eminente poeta, no debe impedirnos de notar algunos particulares, en los cuales tiene sus defectos. En primer lugar, no hay caracteres algunos bien denotados en la Eneida, y en esta parte es insípida comparada con la Iliada, llena de caracteres y de alma. Acates, Cloantes, Gias y los demás héroes troyanos que fueron con Eneas á Italia, son otras tantas figuras obscurecidas, que no se nos dan á conocer ni por sus sentimientos ni por sus hazañas. Eneas mismo es un héroe no muy interesante. Está á la ver-

dad, descrito como piadoso y bravo; pero su carácter no está marcado con ninguno de aquellos golpes que tocan al corazón. Es de un carácter frío y apacible, y su conducta con Dido en el Libro IV, y particularmente el razonamiento que se hace á sí mismo, después que ella sospecha que tenía desigmo de abandonarla, anuncia cierta dureza y falta de ternura, que está lejos de hacerlo amable.

*Num fletu ingemuit nostro? Num lumina flexit?
Num lacrymas victus dedit; aut miseratus amantem est?*
v. 368.

¡Débile acaso el mas leve gemido,
Al ver las ansias de mi llanto acerbo?
Mostróse por lo menos condolido?
Volvió siquiera á mi dolor protervo
La vista? ó le debí que se ablandase,
Y viéndome llorar también llorase?

D. J. F. de Enciso.

El carácter de Dido es el mas bien sostenido de toda la Eneida: el ardor de sus pasiones, la vehemencia de su indignación y su resentimiento, y la violencia de todo su carácter, presentan la figura mas animada de cuantas bosquejó Virgilio.

A mas de este defecto de caracteres en la Eneida, pudiera también criticarse en algunos respectos la distribución del asunto y su conducta. Es cierto que la Eneida se ha de mirar con la indulgencia debida á una obra no concluida. Se asegura que los seis libros últimos no recibieron la última mano del autor, y que por esta razón dispuso en su testamento que se entregase la Eneida á las llamas. Pero aunque esto puede excusar la incorrección en la ejecución, no es bastante para coonestar la caída que da en el asunto en la última par-

te de la obra. Las guerras con los latinos no tienen la dignidad de los interesantísimos objetos que nos habia presentado ántes en la destruccion de Troya, en los amores de Dido y en la bajada al infierno: y en las guerras de Italia hay acaso una falta aun mas esencial en la conducta de la historia. El lector, como observó un gran crítico, se ve tentado á tomar parte con Turno contra Eneas. Turno, príncipe jóven y valiente, enamorado de Lavinia, su parienta cercana, está destinado para esposo de esta, con aprobacion general, y por el señalado favor de su madre. Lavinia misma no manifiesta oposicion al casamiento. Llega en esto un extranero, un fugitivo, y de tierras lejanas que jamas la habia visto, y pretendiendo establecerse en Italia, fundado en unos oráculos y profecías, enciende la guerra en el pais, mata al amante de Lavinia, y es ocasion de la muerte de su madre. Este plan desgraciado no puede prepararnos en favor del héroe del poema, y el poeta pudo fácilmente haber remediado este defecto, haciendo que Eneas, en lugar de afligir á Lavinia, la libertase de la persecucion de algun rival odioso á ella y á todo su pais.

Pero á pesar de estos defectos, que ha sido preciso señalar, Virgilio tiene bellezas que justamente le han grangeado la reputacion de todos los siglos, y que hasta el dia de hoy mantienen en equilibrio la balanza entre su fama y la de Homero. La calidad que principalmente sobresale en Virgilio, y en la cual sobrepuja en mi opinion á todos los poetas, es la ternura. Naturaleza le habia dotado de una sensibilidad exquisita, se penetraba de todas las circunstancias patéticas en las escenas que describió, y sabia de una sola pincelada traspasar el corazon. Esto en un poema épico, es un mérito que se acerca al de la sublimidad, y da facultad al autor para

hacer su obra en extremo interesante á todos los lectores.

La principal belleza de esta clase en la Iliada, es la vista de Hector con Andrómaca. Pero en la Eneida hay muchas de esta especie. El libro segundo es una de las obras mas clásicas que han salido de pluma alguna, y parece que Virgilio empleó en él todo el vigor de su ingenio, suministrándole el asunto variedad de escenas, ya magestuosas ya tiernas. Las imágenes de horror que presenta una ciudad abrasada y saqueada de noche, estan delicadamente mezcladas con sentimientos patéticos y afectantes. Ningun poeta ha descrito cosa alguna tan hermosamente, como describió Virgilio la muerte del anciano Priamo; ni puede concebirse cosa tan tierna como las familias subalternas de Eneas, Anquises y Creusa. El mismo espíritu patético brilla en otros muchos pasages de la Eneida, que han sido siempre los pasages favoritos de la obra. El libro cuarto, por ejemplo, que refiere la infeliz pasion y muerte de Dido, ha sido siempre admirado con justicia, y abunda en bellezas superiores. La vista de Eneas con Andrómaca y Heleno en el libro tercero, los episodios de Palante y Evandro, de Niso y Eurialo, de Lauso y Mecencio en las guerras de Italia, son todos prueba del gran talento del poeta para excitar la ternura. Por esto debemos observar, que aunque la Eneida sea un poema desigual y en algunos pasages algo lánguido, bullen por él muchas bellezas aun en los seis últimos libros. Los mejores y mas acabados, en general, son el libro primero, el segundo, el cuarto, el sexto, el séptimo, el octavo y el duodécimo.

Las batallas de Virgilio son muy inferiores en fuego y sublimidad á las de Homero; pero la bajada al infierno es un episodio importante, que con mu-

cho exceso aventaja al de Homero en la Odisea. La antigüedad toda no presenta cosa igual en esta clase al libro sexto de la Eneida. La escena y los objetos son grandes y notables, y llenan el ánimo de aquel augusto respeto que debe inspirar la vista del mundo invisible. Corre por toda la descripción cierta sublimidad filosófica, que el ingenio platónico de Virgilio y las ideas engrandecidas del siglo de Augusto le hicieron sostener con una magestad muy superior á aquella á que podia aspirar Homero con las groseras ideas de su tiempo. La suavidad y belleza de los números de Virgilio en la serie entera de su obra son tan conocidas, que es excusado detenerse en elogiarlas.

Comparados en general los dos príncipes de la poesía épica, Homero y Virgilio, es preciso convenir indudablemente en que Homero fué el talento mas grande, y Virgilio el escritor mas correcto. Homero fué original en su arte, y descubre las bellezas y los defectos de un escritor original, comparado con los que le han sucedido; mas grandiosidad, mas naturalidad y soltura, mas sublimidad y fuerza, pero mayores irregularidades y negligencias en la composición. Virgilio no perdió de vista á Homero: en muchos lugares no tanto le imitó, como literalmente lo tradujo. La descripción de la tormenta, por ejemplo, en el libro primero, y el discurso de Eneas en aquella ocasión, son traducciones del libro primero de la Odisea, dejando aparte los símiles de Virgilio, que son meras copias de los de Homero. Por tanto la preeminencia en la invención se debe sin disputa á Homero, y aunque muchos críticos se inclinan á que se debe á Virgilio la preeminencia en el juicio, por mi parte creo que esto es aun dudoso. En Homero discernimos toda la vivacidad griega, en Virgilio toda la magestad romana. La imagi-

nación de Homero es, con mucho, la mas rica y copiosa, la de Virgilio la mas casta y correcta. La fuerza del primero está en el talento de encender la fantasía; la del segundo en el de mover el corazón. El estilo de aquel es mas sencillo y animado, el de este mas elegante y uniforme. Homero llegó en muchas ocasiones á una sublimidad á que jamas alcanzó Virgilio; pero este jamas decae de cierto grado de dignidad épica, lo que no puede tan abiertamente decirse del primero. Para no disminuir sin embargo, ni en un ápice la admiración debida á estos dos grandes poetas, dirémos que la mayor parte de los defectos de Homero puede imputarse con razón, no á su ingenio, sino á las maneras de la edad en que vivió, y que son en cierto modo disimulables los pasajes débiles de la Eneida por haber quedado esta obra sin concluir.

LECCION XLI.

Farsalia de Lucano—Jerusalen del Tasso—Luisiada de Camoens—Telémaco de Fenelon—Paraiso perdido de Milton.

Después de Homero y de Virgilio, el mejor poeta épico de los antiguos es Lucano; poeta digno de atención por la mezcla tan singular de grandes bellezas con defectos clásicos. Aunque su *Farsalia* descubre muy poca invención, y su plan es demasiado histórico para reputarla por poema épico perfectamente regular, seria sin embargo mucha nimiedad de la crítica excluirla de la clase épica; pues que los confines de la epopeya, como arriba observé, no estan fijados todavia con límites tan precisos, que podamos negar el nombre de épico al poema que trata de sucesos grandes y heróicos,